

## VIAJEROS

Cerró los ojos y observó el mar. La arena por la que tantas veces había correteado. La espuma que queda tras romperse la sábana de agua y sal. Pesqueros, allá en el horizonte, borrosos por la bruma, como desteñidos.

Luego, nada de eso había allí. Aquello no era como cuando te vas y la vida continúa: la gente sigue madrugando para ir a trabajar y los niños van al colegio. No era aquello como cuando en la partida echas atrás la cabeza por última vez y lo ves todo preparado para el adiós, como en una instantánea. "Tenga, su foto. No se le vaya a olvidar. Guárdela en su maleta. Adiós". Ya te tienes que ir, no te queda otro remedio. Pero si ya no aguantaba este lugar, si yo me quería ir". Pero no puedes marcharte sin más. "Ahora me quedaría si pudiera". Venga, vete de una vez.

Y aquel lugar te da un puntapié en el culo y te ves en largo viaje que nunca acaba. El conductor no para. "Vaya por Dios, cuándo parará este buen hombre". Hasta dentro de media hora dice que no va a parar, que está establecido así. Si es por ir al servicio, hay uno en las escalerillas de atrás. Empiezas a sentir odio por aquel lugar. Recuerdas lo que leíste en la guía rural de casas de no sé qué: que los jóvenes de un pueblo que se llama tal muestran su tedio al visitante. Ni siquiera recuerdas el nombre del pueblo. Pues no sé por qué lo dirán. Será porque allá hace mucho calor. Incluso te han dicho que comen culebra. Fíjate, culebra y ancas de rana. A eso no lo llamarías tedio.

El viaje dura más que una hora punta en la entrada de Madrid, más que un parón de metro en medio del túnel y con un examen en la última parada del autobús que después tendrás que coger, más que la espera ante una llamada de teléfono que casi nunca llega... ¿Ah! sí. Más que tu abuela en la sala de espera del médico, más que un caramelo en la puerta de un colegio, aunque nadie lo diga... No digas nada más que el conductor ha parado por fin. Bajen a estirar las piernas.

Cafetería de estilo "sírvese usted mismo", "parrilla", "zumos naturales", "celebre aquí sus reuniones y B.B.C. (bodas, bautizos y comuniones)". Baños ultramodernos: si pones la mano debajo del grifo ¡sale agua!. Jo, y tú que creías que se habían olvidado de poner los pomos del agua fría y del agua caliente y que tendrías que marcharte con las manos pegajosas de jabón. Se agradece la tibieza del agua, qué listos son aquí: agua tibia para manos

pegajosas, sopa de agua para las botellas de sedientos viajeros. ¿Botellas de agua?. Las tiene muy fresquitas en la nevera de la izquierda.

Gorras, camisetas. No olvide el carrete de fotos. Aquí compre su bañador playero. Caramelos para la tos. Cintas de música: lo último. Recuerdo del Pilar. Miel de la Alcarria. Nueces de California. Vino de Don Rigodón y vinos gran reserva.

Megafonía: el autobús con destino Madrid saldrá en diez minutos. Decídete ya: Chicles o patatas. ¡Ah! y la botella de vino. Para que luego no digan que nunca llevas nada.

Al final cayó también la gorra de pescador. Así puedes taparte los ojos porque la cortinilla de la ventana deja pasar demasiado sol.

Pero han puesto una película y como no puedes dormir intentas leer los labios de los personajes para enterarte de algo. ¡No se oye!, grita alguien en la última fila. El conductor no hace caso. Él va escuchando una cinta de flamenco que le hace dar palmaditas en el volante.

¡Que no se oye!. El conductor levanta un poco la cabeza y la ladea: "oiga, las cosas se piden por favor. Aquí ya no se tiene respeto a nadie, qué hartito estoy. Si pudiese me quedaba en mi casita junto al mar, mirando pasar las nubes, sin escuchar a gente grosera que no le dejan tranquilo a uno". Esto último lo dijo en voz baja. "Si usted llevase los huevos pegados al sillón toda la semana, ya vería cómo se quedaba sordo también. Estoy hasta los cojones de este puto trabajo". Alzó algo el volumen. Todo el autobús se quedó en silencio.

Miras hacia la derecha y ves a la señora que gritó antes con el rostro compungido. Parece que se siente mal por lo que ha pasado. Claro, todos nosotros apoltronados en los sillones, aburridos, luchando con la cortinilla que continuamente se abre y te achicharras con el sol, viendo una película que has visto ya tres veces... y, mientras, ese hombre ahí delante. Sin hablar con nadie. Yendo a un lugar en el que han estado miles de veces y que no conoce. Es un poco triste.

Él sólo conoce la carretera que lleva hasta Madrid. La que le deja en la estación de autobuses, y la que le saca de allí, llevándole otra vez cerca del mar. El camino de regreso siempre es más animado porque conoce el lugar exacto donde se empieza a respirar la humedad cantábrica. Y durante el trayecto juega en su mente a olvidar ese punto calculado y a volverlo a encontrar. Y, así, cada vez que pasa por ese sitio, se alegra mucho de reconocerlo de nuevo. A veces hasta dice "¡Ah! aquí se respira ya la humedad marina. Soy el único que puede notar eso". Y respira profundamente. Lo dice en alto por si alguien le oye. Así puede entablar conversación. Pero sólo por eso, porque en el viaje de vuelta va más animado.

Incluso a veces pone películas casi de estreno en el video-club y la gente se lo agradece portándose muy bien y siendo amable.

Una vez, después de pasar por ese punto exacto donde se nota la humedad del mar, le comentó a un hombre que iba sentado en primera fila, que había trabajado en el mar, pescando, pero que lo dejó porque su mujer odiaba ese trabajo. Él también lo odiaba porque es un trabajo durísimo, pero no se lo dijo. Le dijo que él quería tener una casita pequeña, con muchas hortensias enredadas a sus pies, explotando en rosa con cada florecer, junto al mar, para dormirse con su arrullo. A su mujer le pareció bien, pero no tenían mucho dinero. Ella entró a trabajar en un restaurante, de cocinera, porque hacía muy buenos potes. En verano llenaba la andorga de turistas de gula desmedida. Él, conductor de camiones llevando pescado a Madrid. Luego le dijeron: "¿Ves ese autobús con aire acondicionado, vídeo, baño?. Pues a partir de mañana empiezas. ¿Quieres darte una vuelta antes?". Y ya está; se subió, abrió las puertas y todos arriba y todos en marcha. Vámonos.

Bueno, pues aquel hombre bastante viejo, (no lo he querido decir antes, por si él lee esto no se sienta mal, porque ahora será mucho más viejo. Y eso deprime un poquillo), se secó una lagrimilla que le pendía de un ojo, sin atreverse a resbalar por la cara. Es que ese hombre había perdido un hermano en el mar, pescando una noche. Y se imaginó que si su hermano hubiese buscado otro trabajo ahora podría ser conductor de autobús y podría charlar con él cada vez que se fuese a visitar al pueblo a su otra hermana, Carmiña. Y durante el trayecto se contarían un montón de cosas. Él nunca quiso trabajar en el mar y cuando cumplió los quince se fue a estudiar a Madrid. Vivió en casa de unos tíos y sacó la carrera de Magisterio. Pero ahora estaba jubilado y se acordaba de su hermano, de su pueblo, del mar... chocheos de viejo. Al salir de ese pensamiento tan denso y ver que el conductor no era su hermano, ni su hermano sería nunca conductor, se le escapó la lagrimilla. Eso es todo, no es que fuese un sensibilero. Eran recuerdos...

El conductor salió también de ese íntimo diálogo. Tampoco él era dado a contar sus cosas. Dijo: "Pues ya ve, lo que es la vida. Ahora llevo los huevos pegados al sillón (esa era una frase que repetía mucho, como una obsesión que ya se tenía creída) para pagar la puta letra de la casa. Me moriré y aún la seguiré pagando". ¡Puf!. Fuera la magia del momento. Hablemos de fútbol mejor.

Eso fue en otro viaje. Tú no ibas en él. Desde entonces nadie sabe nada de ese hombre. No suele hablar con ningún pasajero, a no ser que la felicidad de encontrar el punto

anhelado, calculado a golpe de nariz, de sensación de estremecimiento, le haga despegar la boca y hablar un ratito.

Hay veces que no sabe si el viaje es de ida o vuelta. ¿Cuándo es marcharse y cuándo volver?. Es un poco raro: hoy aquí y más tarde 600 kilómetros más abajo. Así acaba uno descentrado.

A punto de cerrar los ojos y caerás en el sueño. Unos minutos más y ya no sabrás dónde te encuentras. Podrás volver al mar o a donde tú quieras. Es que, en el fondo, te sentías mal por haber echado pestes de aquel lugar que tanto quieres. Aún no sabes si has hecho bien en marcharte. Pero es que eso es algo muy difícil. El conductor de autobús cada mañana se pregunta si hizo bien en cambiar de vida. Unos días farfulla tacos y maldiciones por haber comprado esa casa que le ha endeudado para sus restos. Otras veces... poda las flores y se enorgullece por haber conseguido lo que quería. Aunque los lunes sean días funestos y de maldiciones.

Los consejos no son buenos. A la porra con los consejos.

La señora que antes gritó, por lo del vídeo, da la merienda a una niña que va sentada a su lado. La niña peina a una muñeca con mucho esmero, aunque no con muy buenos resultados. La señora es su madre. Parece muy mayor para serlo, pero lo es. Van a Madrid para hacer unas pruebas a la niña. Está enfermita. Nadie sabe muy bien qué es lo que tiene. El médico del pueblo le aconsejó que hiciese un chequeo a fondo a la niña. No era preciso ir a Madrid para eso, pero se le metió en la cabeza y allá van. Como su cuñado es médico en Madrid va más confiada. La verdad es que nadie pensaría que la niña va mala porque es muy graciosa y tiene buen aspecto. No será nada grave, seguro, porque la niña está muy bien, muy bien; sólo hay que verla la carita. El marido quedó allá atendiendo a las labores del campo. Claro, que espera la llamada de su mujer en cuanto lleguen a Madrid. Se casaron hace cinco años. Y la niña fue un regalo para un matrimonio tardío. Por la tarde ha pensado en ir al pueblo a comprar una muñeca nueva. La niña se lo merece todo, es un tesoro.

Es que con esa carita todo el mundo debe pensar que la niña es un tesoro. Lo piensa hasta el señor que, separado por el pasillo, queda al lado izquierdo de la niña. Antes se había quedado dormido, con la cabeza ladeada, los brazos cruzados sobre el pecho y un hilillo de baba surcando la barbilla. Daba saltitos con cada bache. Ahora giro a la derecha ¡pum!, ahora a la izquierda, izas!. Al despertar, el hombre que iba a su lado se sintió aliviado, pues iba pendiente de que la cabeza de este señor no reposase sobre su hombro. Cualquiera diría que era un viejo senil. Seguramente el hombre que iba a su lado lo pensó.

El señor, ya despierto, atento, con mirada fija sobre la niña, pensó que era un tesoro. Él jamás de los jamases hubiera pensado que la niña estaba malita. Tanto la miraba que la madre pensó que lo que le pasaba era que tenía hambre. Rebuscó en una bolsa y le ofreció un sobao. Algo sorprendido, el señor aceptó el sobao muy agradecido. Los tres entablaron conversación. ¿Te imaginas que este señor se hiciese amiguísimo de la señora y de la niña, tanto, tanto que la niña se convirtiese como en una nieta para él?. Es que este señor no se ha casado, no ha tenido hijos y ahora quiere tener nietos, ¡qué cosas tiene la gente!

Sí que tuvo novia, muy guapa, muy alegre, muy bonita, como todas las chicas jóvenes. Pero la cosa salió mal porque él viajaba mucho por su trabajo y la chica se cansó de esperar y esperar. Ella luego se casó y tuvo hijos. Aunque, si alguna vez se cruzan por la calle ni siquiera se saludan. Esquivan la mirada, nada más.

Es muy raro lo de este señor. También fue amante de una mujer casada. Fíjate ¡quién lo diría!. Yo nunca había visto a un hombre amante. ¡Un amante!. Parecen una especie rara con nombre científico: amans, amantis. No era un crápula destroza-matrimonios. Es que pensó que aquella mujer, pensó que... Bueno, yo no sé qué se pensó. El caso es que metió la pata, pero bien. Quería tener hijos, quería tener nietos, una familia y otra vez se quedó sin nada. ¿Tú crees que la niña querrá ser su nieta adoptiva?. Hoy en día puedes ser lo que quieras, nadie te va a decir nada. Ojalá que sí quiera, porque este señor me cae bien. Está calvo y vive solo. No le gustan los perros, pero una vez tuvo una tortuga. Si quiere un nieto debería tenerlo. ¿Quiere usted un nieto señor?. Ahora ya no se encargan por correo. Se piden a voces. Usted ya lo ha hecho más veces cuando se ha cruzado con uno. Ha dicho, desde muy dentro de su estómago: "¡Joder! quiero un nieto para llevarle a la feria, aunque en el barrio ¿ya no hay feria?, para robárselo a sus padres todas las tardes y llevármelo al parque, aunque se manche de barro y me sise veinte duros. ¡Cagúen en diez! lo que yo quiero es un nieto. ¡No quiero un perro! Que un perro no es igual que un nieto, que lo que quiero... ¿por que la gente me...? ¿por qué un perro? ¡que no me gustan los perros! ¡que me gustan los...!. Eso, eso es lo que quiero, sí". Bueno, pues eso es lo que hay que decir, pero en voz alta y de un modo más moderado, más cortés. Cualquiera se asusta si le oye decir todo eso a voz en grito.

Fíjate, amante. No tiene pinta de amante.

Cuánta gente va en este autobús. Es curioso pensar en que todos tienen montones de cosas que contar, más de un buen motivo para ir en este autobús. ¿Tú que dices?.

Podrías pedir al conductor que pare en el próximo pueblo, que te bajas. Le regalas la botella de vino y regresas allí. Sería un verdadero descanso, quizá así el nudo en la garganta

se diluyese y la respiración volviese a ser acompasada. Pero no. Ya has despertado. Te restriegas los ojos, bostezas.

Eso de que la procesión va por dentro es cierto, porque con esas trazas cualquiera diría que la tristeza te corroe el esófago.

¡Mira! ya se ve Madrid. Envuelta en una nube gris que la delimita y absorbe.

Los pasajeros se mueven en sus asientos. Guardan revistas, meriendas, transistores...

El conductor hace rato que dejó de escuchar flamenco. Le escuecen los ojos y no sabe porqué. Quizás sea el ambiente seco.

Y cuando llegues ¿qué harás?.

Me da pena que hayamos llegado. El conductor me cae bien, también, el señor calvo que no tiene nietos. ¿Qué harán cuando lleguen?

¿Qué harás tú?. ¡Qué difícil es empezar algo!. ¡Qué difícil es empezar la semana en miércoles y en un lugar tan lejano!. Si fuese lunes..., pero en miércoles es mucho más costoso. La señora del pelo rojo. Ésa de la última fila, lo sabe bien. Por las noches, al quitarse la faja, se palpa el vientre, los muslos. Los intenta estrangular, conteniendo la respiración y apretando con las manos. Entonces asegura que al día siguiente se podrá a régimen. Luego, ya en la cama, sigue pensando en el asunto y decide que es mejor esperar al lunes. Porque, mira tú que si el sábado la invitan a tomar café, no va a decir que no. Y, claro, unas pastitas habrá de llevar por lo menos. Lo dicho, que el lunes es el mejor día para empezar algo. Pero un miércoles. Bueno, a ver qué tal resulta.

Hay gente esperando que llegue este autobús. Así que cuando lo ven aparecer el murmullo de voces y risas crece. Saludan con la mano y algunos niños saltan gritando ¡mamá!, que es otra señora, ésa joven, que no ha despegado los labios en todo el camino. Ella también ha estado en su pueblo porque su hermana ha dado a luz. Y ella no podía faltar. Sólo ha estado dos días fuera, por el tema del trabajo. Suerte que el jefe se ablandó ~jjio permiso. Los niños la han echado demenos. Ellos querían conocer al primito, pero su madre dijo que ni hablar. En vacaciones ya irían todos. Besos, abrazos y muchos mimos para los niños que no paran de preguntar cómo es él primín.

El señor calvo estrecha la mano a la señora. A la niña le da un pellizquito en la mejilla y la dice que es un tesoro. Luego la señora y la niña buscan una cabina de teléfono para llamar y decir que han llegado bien, que el cuñado aún no ha llegado a buscarlas, pero que la niña se encuentra bien. La niña quiere mandarle un beso.

No sé por qué este señor calvo no dijo nada de lo del nieto. De ese modo no va conseguir uno. Otra vez, en su interior, gritó que quería uno, pero su boca no dijo nada de nada. Pues la niña hubiese sido una nieta excelente, y seguramente no se habría revolcado en el barro y habría sido mucho más buena que un nieto revoltoso y futbolero. Una nieta hubiese estado muy requetebién.

Este señor que ya me ha empezado a impacientar, pasó cerca de la cabina desde donde llamaba la señora. La niña le vio y le dijo adiós con la manita. Luego se puso al teléfono y le mandó un beso a su padre. El señor sonrió y se marchó. No iba a decir nada, estaba bastante claro.

¿Pero tú donde te has metido?. Todo el trayecto preocupándome por ti y no sé dónde has ido. No me has dejado sacarte una instantánea de despedida. ¡Qué horror!. Piensas que la gente va a estar donde esperas que esté y luego no es así. Se marcha. No espera ni un segundo. Hay muchas cosas que hacer un miércoles y tiene prisa.

Pero ya me había hecho ilusiones contigo. Pensaba acompañarte hasta el metro. Me hubiera gustado estar junto a ti hasta que desapareciese ese nudo que te oprime la garganta. Aunque con ir hasta el metro me hubiese conformado... En fin, te voy a echar de menos. ¿Volverás alguna vez?.

El conductor ya ha cerrado las puertas del autobús. Se dirige a los servicios. En estos sí hay pomos en los grifos: agua fría, azul, agua caliente, rojo. Pero huele fatal. Se lava la cara y sale de nuevo. Él también va a llamar a su mujer. Siempre lo hace para que se quede tranquila. Lo hace desde una cabina para que los compañeros no le hagan burlas. A veces, cuando le ven, le preguntan que si está llamando a la amante. Supongo que saben a quien llama, pero él nunca lo aclara. El amante era un señor calvo que ya se ha marchado. Cómo iban a saberlo. Ni imaginárselo hubieran podido. ¿Es que acaso alguien pensaría que un amante tiene cara de señor calvo que busca nieto y no quiere ni oír hablar de los perros?.

Después de hablar con su mujer se dirige a las oficinas. Rutina.

¿Dónde te habrás metido?. Esto es increíble. Ni un adiós. Te deseo suerte porque empezar la semana en miércoles, 600 kilómetros más abajo, sin saber que un hombre que conduce autobuses tiene la capacidad de encontrar el punto exacto desde el cual se siente la humedad del mar y que tiene una casita con hortensias... es un poco duro. Al menos tú no le tendrás nunca miedo al mar, a ti nunca te hará daño. Hay un maestro jubilado que perdió un hermano. Ya ves, has tenido suerte. A ti el mar sólo te traerá recuerdos brumosos de barcos

desteñidos, hechos jirones en la neblina, de olas rompiendo en los tobillos y carreras por la arena.

Vaya por Dios. Hoy está resultando ser un miércoles un poco nostálgico, un poco tontorrón.

A mí el mar me trae el recuerdo de un fuerte sabor a sal y de algas rojas, suaves, aterciopeladas que bailan entre las olas y se estrechan entre los dedos de los pies.

No sé dónde estarás ahora, pero te deseo buena suerte. Un beso. Hasta pronto (es lo que se suele decir ¿no?).

AUTORA. María Crespo González de Bulnes

Alumna de Filología Hispánica de la Univeridad Complutense de Madrid